

mas próximo á aquella troje, era el del coronel republicano D. Florentino Mercado; y éste se encontraba á unos ciento cincuenta pasos de aquel sitio, cerca de una nopalera.

#### IV.

Salm envidiado por todos á causa de las distinciones del Emperador.—Salida de las tropas imperiales sobre las posiciones enemigas de San Gregorio el 1º de Abril.—Salm, responsable del éxito de esta accion, esquivo el duelo que le propone el teniente coronel Sosa.—Queja de los Cazadores.—Salida del 12 de Abril sobre la garita de México.—Comportamiento da Salm en este hecho de armas.—Salm, responsable tambien del mal éxito de la salida del 17 del mismo mes.—Carta de Ramirez y Adame al general Mejía.—Batalla del 27 de Abril en las posiciones enemigas del "Cimatario."

Dice Salm, que á excepcion de los generales Castillo, Escobar, Mejía, Mendez y Valdes, los demas lo miraban con envidia, celosos de la parcialidad con que lo trataba el Emperador. El príncipe confunde probablemente la envidia con la indiferencia y la antipatía. El Emperador mostraba afecto hasta á los últimos soldados de su

ejército, de manera, que ninguno tenía que envidiar á otro sobre ese particular, y menos aún personas como el general Miramon, que recibió siempre públicas manifestaciones de aprecio y distincion del Emperador.

Parece que la salida que se verificó el 1.º Abril sobre las posiciones del enemigo en el Cerro de San Gregorio, tuvo origen en una propuesta que hizo Salm al Emperador y al general Valdes, gefe de la línea del rio, asegurando que, *con solo su batallon* arrebataria al enemigo sus baterías establecidas en dicho cerro. Como es natural, cuantas personas escucharon tan descabellada empresa, la desecharon; pero el general Miramon formó entonces el propósito de atacar dicha posicion, de manera que el éxito fuera probable. A este efecto, puso á las órdenes del general Valdes los batallones de Guardia Municipal, cazadores, 5.º, 7.º y 12.º de línea, y cincuenta hombres del batallon de Celaya: el coronel Salm con los cazadores, Guardia Municipal y los cincuenta hombres de Celaya, deberia avanzar en línea recta sobre el punto conocido con el nombre de "Cruz del Cerrito," y de allí, sin curarse de lo que pudiera pasar á su retaguardia, marchar resueltamente y con la mayor rapidez hasta la cima de San Gregorio y apoderarse de las baterías enemigas.

El 5.º, 7.º y 12 de línea, se encargarian de cubrir la iglesia de San Sebastian, la Cruz del Cerrito y otros lugares anexos, despues de desalojado el enemigo, sirviendo á la vez para sostener la retirada de la columna que deberia avanzar sobre San Gregorio.

Las primeras operaciones correspondieron á los de-

seos del general, mas allá de lo que era de esperarse, no obstante que cuando las tropas salian de nuestras líneas, la luz matinal comenzaba á alumbrar. La columna, en medio del mas profundo silencio, avanzó sobre las tortuosas callejuelas que se encuentran al costado izquierdo de San Sebastian, penetrando por las casas y huertas contiguas; se apoderaron de este punto, en el que quedó un destacamento del 5.º de infantería, continuando su rápida marcha en direccion de la Cruz del Cerrito, lugar del que huyó el enemigo en presencia de tan inesperado golpe. El coronel Salm se separó desde este momento con los dos batallones dichos y los cincuenta hombres de Celaya, que marchaban como guerrilla de descubierta, para dirigirse sobre San Gregorio. El enemigo, puesto en alarma, organizaba sus fuerzas por nuestros flancos y vanguardia: si Salm, cumpliendo sus instrucciones, hubiera avanzado en línea recta sin dar tiempo al enemigo de ponerse en actitud de defensa, era indudable que las baterías enemigas habrian caido en nuestro poder, pudiendo entonces concentrarnos á la plaza sin grandes pérdidas; pero no fué así: este gefe, en vez de encumbrar el cerro, tomó por la izquierda faldeándolo, y volvió á internarse en las calles hasta entrar de nuevo en la plaza, no obstante que el valiente teniente coronel Sosa, comandante de la fuerza de Celaya, insistió *hasta la desesperacion*, á fin de que Salm siguiese en línea recta hasta las baterías de San Gregorio. En estos momentos, considerable número de fuerzas enemigas rodeaban nuestra columna, situada todavía en el Cerrito de la Cruz, la resistencia

se hacia imposible é inútil: imposible, por la desigualdad del número y la mala posicion que ocupábamos, inútil, porque el objeto principal habia fracasado merced á la negligencia de Salm.

El general Miramon habia acompañado á nuestras tropas hasta la Cruz del Cerrito; de allí se volvió á San Sebastian, en donde hizo que recogieran las municiones tomadas al enemigo, así como los dos obuses de montaña que se habian quitado en el primero de estos puntos, y autorizó al general Valdés para que se retirara.

Por el fiel relato que acabamos de hacer, se comprenderá que Salm no ha dicho la verdad, cuando asegura que el general Miramon no lo hizo seguir de una reserva; que tuvo que atacar solo con los cazadores; que el general Miramon permaneció en el puente, y que él, Salm, fué el último que se retiró.

Hay otra cuestion en que Salm no ha dicho la verdad, y por lo cual se suscitaron mil dificultades entre él y el teniente coronel Sosa, pues ambos se disputaban la satisfaccion de haber tomado los dos obuses de montaña quitados al enemigo. Esta cuestion no nos parece, como no nos pareció aquel dia, difícil de fallar: siendo la fuerza del batallon de Celaya la que marchaba á vanguardia de la columna Salm, es indisputable que ella y no los cazadores, es la que debe haber tomado los obuses. Ademas, la palabra del teniente coronel Sosa y la deposicion de muchas personas que presenciaron este hecho, es una verdadera garantía.

Hay una circunstancia en la que estamos de acuerdo enteramente con Salm: los dos obuses de montaña

y algunos otros objetos quitados al enemigo, *costaron bien caros*. El autor de las Memorias olvida designar al principal responsable de las desgracias acaecidas aquel dia. ¿Será acaso él mismo?

La conducta del príncipe de Salm en este hecho de armas, mereció la reprobacion de todos, y muy especialmente la del intrépido y caballeroso teniente coronel Sosa, quien públicamente lo ha desafiado, y en vez de admitir, como se lo exigia el honor, ha dado aviso al Emperador y esquivado el duelo.

Para concluir, diremos una cosa que habiamos olvidado. Al retirarse nuestros últimos soldados de la iglesia de San Sebastian, y en el momento de atravesar el puente, Salm salia de la plaza con objeto de recojer los dos obuses para que sus soldados los llevasen en triunfo. ¿Se habia retirado antes ó despues?

*Las pendencias entre Miramon y Mendez eran otra causa de temores: Mendez aseguraba que Miramon no estaba de buena fé con el Emperador, y solo trabajaba por sus propios y ambiciosos fines. Llamó mi atencion el hecho que Miramon habia quitado el mando recientemente á varios oficiales que eran adictos al Emperador, y los habia reemplazado con personas que pertenecian á su partido. Así se expresa Salm en la página 114, y en verdad que la palabra *pendencia* que él ó el traductor han usado, no puede tener aplicacion; ¿pues qué clase de pendencias podria haber entre el superior y el subalterno, y menos aún tratándose del general Miramon, que jamás habria permitido ni al general Mendez ni á ningun otro, hubiesen ultrajado su dignidad? No negaremos que el general Mendez, preo-*

cupado quizá con el papel que habia representado en Michoacan, y enorgullecido por las distinciones del Emperador, habia llegado á creer que nadie era capaz de mandarlo, y que la preponderancia del general Miramon le era, en consecuencia, insoportable, motivo por el cual no nos parece extraño que se haya expresado mal y con injusticia, del general Miramon. Pero decir que habia pependencias entre estos dos generales, es una cosa absurda y tan falsa, que solo Salm ha podido escribirla.

El general Miramon no separó jamas á ninguna persona del ejército que fuese adicta al Emperador, primero, porque S. M. no lo hubiera permitido sin causa legítima; segundo, porque allí no habia persona que dejase de serlo. Por el contrario, y como ya lo hemos dicho en otra parte, si se privó del mando á algunos gefes, fueron de los que se tenian como parciales por el general. Salm se olvida de que al asentar estas frases, pone en ridículo al Soberano, quien aunque en verdad era muy deferente con Miramon, nunca le hubiera permitido semejante modo de proceder.

El príncipe no debe conocer perfectamente todo el rigor de los códigos militares en cuanto afectan á la disciplina; de otra manera habria omitido hablar en sus Memorias del descontento de sus soldados, manifestado por medio del mayor de Cazadores, á consecuencia de que siempre se mandaba á estos *para servir de carnaza* en el combate. Cuestion es esta, que deshonra no solo á los soldados que han vertido la queja, sino al gefe que la ha transmitido y al superior que la ha es-

cuchado, prometiendo que despues del hecho de armas próximo, elevaria dicha queja al Soberano. Estos gefes y soldados deberian haber sufrido un castigo severo y ejemplar, por haber olvidado sus deberes y haber dado un carácter de hostilidad á un hecho, que cualquiera otra tropa del mundo habria mirado como una distincion honrosísima.

La descripcion de la salida del 12 de Abril sobre las posiciones del enemigo en la garita de México, es una de las que pinta Salm con menos imperfeccion. Sin embargo, y haciendo á un lado la constante cuanto ridícula crítica que hace el príncipe de las disposiciones del general Miramon, nos vemos en la dura pero imprescindible necesidad de decir: que el repetido Salm se ha detenido á trescientos ó cuatrocientos metros del parapeto por donde se efectuó la salida, y que solo el teniente coronel Ceballos y el Comandante Pitter, con algunos cazadores, son los que han llegado al edificio de la garita. Si este hecho no hubiera sido enteramente público, es seguro que lo habriamos callado por temor de parecer parciales.

La difícil situacion que guardaba el ejército en Querétaro despues de mas de cuarenta dias de sitio y de veinticinco de esperar al general Márquez, cuando los víveres y las municiones escaseaban, de manera que se hacia imposible casi el sostenimiento de la plaza, y cuando ya se veia por muchos como un asunto irrealizable el auxilio exterior, siendo ya conocido por todos el desastre sufrido en San Lorenzo por las tropas de dicho general, el Emperador de acuerdo con sus gene-

rales, dispuso enviar á México á una persona caracterizada del ejército, la que llevaría algunas cartas é instrucciones de la mas alta importancia, que tenian por objeto hacer cumplir á Márquez las órdenes que le habian dado para que viniese en auxilio de la plaza. Aunque tarde, esta providencia debia producir buenos resultados, si la empresa hubiese sido puesta, si no en manos hábiles, al menos en las de hombres mas resueltos. Desgraciadamente la persona ó personas destinadas para el objeto, no pudieron ó no supieron dar cima á tan difícil comision, y lo único que se consiguió fué disminuir la fuerza de los defensores de Querétaro con los soldados, que forzando las líneas enemigas, lograron salir de la plaza, de la manera que vamos á explicar.

Nosotros no conociamos los pormenores de esta empresa y menos aún el texto de las instrucciones y cartas escritas por el Emperador y confiadas al príncipe de Salm Salm, quien deberia entregarlas en México y obrar de entero acuerdo con las órdenes especiales y reservadas que se le habian dado. Este señor nos ha hecho conocer aquellos documentos. Omitiremos hacer comentarios respecto de ellos, aunque bien merecian la pena de analizarlos, pues en las instrucciones hay algunas tan difíciles de cumplir, como la de arrestar al general Márquez en medio de sus soldados, y otras por el estilo. Quizá el mismo general Miramon á pesar de su influencia y prestigio no habria conseguido el objeto. ¿Seria, pues, Salm, quien lo hubiera logrado? Parece que no se pensó en esta dificultad cuan-

do contra toda probabilidad de buen éxito, se confió á este señor la empresa de que vamos hablando.

El plan de la salida, asi como los incidentes que tuvieron lugar la noche del 17 al 18 de Abril, no tienen ningun interes, y la manera con que los explica Salm en sus Memorias, está poco mas ó menos de acuerdo con la verdad; pero creemos indispensable objetar alguna cosa que llama nuestra atencion y que debe llamar la de todos aquellos que pasen los ojos con algun cuidado por dichas Memorias. Hemos dicho ya que el príncipe llevaba consigo las credenciales y demás documentos que debian servirle para llenar su cometido. Además, el general Moret debia acompañarle "*mano á mano*," y por lo que aparece de las instrucciones, este general de quien dice Salm que solo era teniente coronel, no jugaba gran papel en aquella empresa, y antes bien, habia orden para arrestarle en caso necesario.

Hacemos esta aclaracion porque Salm pretende disculparse con la conducta observada por el general Moret. La verdad de los hechos es, que la noche del 17 de Abril, cuarenta ó cincuenta hombres de la guerrilla Zarazua que formaban la vanguardia de la caballería que debia acompañar á Salm, se abrieron paso muy fácilmente entre la línea enemiga, y llegaron á lugar seguro sin ninguna pérdida. ¿No era natural que Salm hubiera marchado á la cabeza de su tropa, ya fuera mexicana ó extranjera? No es natural, que al ejecutar esta salida las tropas deberian haber marchado rápidamente, unidas y compactas, para no dar

al enemigo el tiempo necesario para resistir el ataque, volver de su sorpresa y ponerse en actitud de impedir la salida? ¿A qué distancia se habia colocado esa vanguardia del cuerpo principal, que se dió lugar al enemigo para interponer entre ambas tropas las *gruesas columnas* que obligaron á Salm á retroceder á la plaza? En operaciones como la de que hablamos nos parece de todo punto innecesario y hasta inconveniente, hacer avanzar una descubierta que no conseguiria otra cosa que dar la señal de alarma al enemigo antes de tiempo. Salm, lo repetimos, no desplegó en esta ocasion ni el rasgo mas insignificante de talento, y el *guerrillero* Zarazua comprendió perfectamente lo que le tocaba hacer, y esto, sin llevar á su cargo la importantísima mision que Salm.

Para el logro de esta clase de operaciones y cuando la línea de circunvalacion se presta como en el sitio de Querétaro, nos parece que no se necesita otra cosa que un poco de sentido comun, algun valor y un ligero exámen del terreno. Por lo demas, como la probabilidad de salida la tienen las tropas de vanguardia, es claro que allí es donde debe marchar el gefe de la expedicion.

Despues de lo expuesto, no parecerá raro digamos, que el príncipe de Salm no cumplió con su deber, y que las disculpas que emite son tan frívolas, que no lo eximen de la responsabilidad.

En los anales del sitio de Querétaro se registra un episodio harto vergonzoso y, el que menciona Salm, atribuyéndolo á quince oficiales del ejército, de los cuales solo designa á tres: el general graduado, coronel D.

Silverio Ramirez, el comandante Adame, su hermano político y el coronel Rubio.

Segun sabemos, los dos primeros dirigieron al general Mejía una carta, en la que despues de pintarle lo comprometido de nuestra situacion, le pedian hablase al Emperador, interesando toda su influencia, á fin de inducirlo á que se entrase en tratados con el enemigo, por ser imposible la conservacion del Imperio en México. Esta carta fué enviada al Emperador por dicho general con el coronel Rubio, sin entrar en ninguna explicacion, y manifestando solamente que no iba en persona por encontrarse enfermo.

Ya se comprenderá toda la indignacion que, tanto en el Emperador como en el general Miramon y todas las personas que lo supieron, produciria aquella malhadada carta, en que los autores se habian olvidado del honor y de los santos deberes de un militar. El generoso corazon del Emperador, pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos gefes, condenados por el Código sin apelacion. S. M. se contentó con hacerlos arrestar, mandando que se les abriera un juicio, que las graves atenciones de aquellos momentos no permitieron concluir. Esto pasó con Ramirez y Adame solamente, y creemos que ni Rubio ni los otros oficiales, hasta el número de quince que señala Salm, deben haber estado comprendidos en este asqueroso asunto, puesto que ninguno fué arrestado.

El príncipe de Salm Salm, expresa su juicio respecto á la manera de combatir de la caballería mexicana, en los términos siguientes: "*Los combates de la caballe-*

*ría mexicana, generalmente eran la cosa mas ridícula que se puede ver. Ambos asaltantes se detenían á cierta distancia y comenzaban á hacerse fuego mutuamente, hasta que uno de ambos partidos, satisfecho con lo que había tenido, echaba á correr, y entonces el otro con gran bulla le perseguía. Cuando los húsares, en vez de observar esta conducta, se arrojaron sable en mano sobre los mexicanos, estos se sorprendieron enteramente de tan rudo comportamiento, y mucho mas del capitán Pawloski, que siempre llevaba un sable de reglamento muy pesado, y que destrozó á siete con su propia mano antes que se hubiesen recuperado de su sorpresa."*

No sabemos como admitir las palabras de Salm, si como hijas de la ignorancia ó de la mas grosera parcialidad. Si hubiese hablado de otros defectos de nuestra caballería, que le son peculiares, habríamos guardado silencio; pero ha tocado un punto del que estamos ciertos va á salir derrotado.

Tendríamos muchos hechos que citar para probarle que ha mentido al expresarse de la manera que lo hace; pero nos contentaremos con poner en parangon dos opiniones suyas, expresadas en sus mismas Memorias, y que difieren absolutamente una de otra. Se expresa así en la página 59: "Cuando llegaron al llano frente á ellos, Mejía los atacó con su caballería, y con tal *impetuosidad*, que el enemigo, despues de una corta resistencia, huyó en gran desorden." En la 86 dice: "Que el regimiento Quiroga *dió una buena carga* al enemigo;" y por último, en la 104 dice, hablando del mismo regimiento: "que efectuó una *buena carga*." ¡Cuál de es-

tas dos opiniones es la cierta? La caballería mexicana, ¿sabe ó no cargar? Como no obstante esto, pudiera Salm no quedar satisfecho, y á pesar de que nos hemos propuesto no citar las abundantes ocasiones en que la caballería mexicana se ha hecho notable en la carga, le recordaremos un hecho muy cercano á la época á que se refiere. El 4 de Febrero de 1867, en los campos de la Quemada, la caballería del general Miramon ha dado á la del enemigo, en número casi doble, una terrible carga á la arma blanca, que dió la victoria á nuestras armas. Entre la multitud de muertos y heridos de ambas fuerzas que se recogieron, era raro encontrar alguno herido por proyectil. El príncipe se engaña, pues, al decir que las tropas mexicanas se sorprendieron al ver cargar á los húsares; y á propósito de este cuerpo, le recordaremos que en él había mexicanos y extranjeros.

Respecto del capitán Pawloski, de quien asegura destrozó á *siete* hombres á sablazos, aunque no vimos ni llegó á nuestra noticia esta hazaña, lo felicitamos.

Llegamos al 27 de Abril, día memorable en el sitio de Querétaro, y superabundante en incidentes propicios y adversos para el pequeño y sufrido ejército imperial que defendía aquella plaza: día en el cual la fuerza irresistible del destino, nos privó del complemento de una victoria que habria dado ópimos frutos de engrandecimiento y seguridad á la causa del Imperio: día en que de un modo casi inesperado, nuestras armas triunfantes se pasearon desde las alturas del "Cimatario" hasta la hacienda de Jacal, despues de haber hecho

huir despavoridos y sin combatir diez ú once mil hombres del ejército republicano, dejando en nuestro poder veintidos cañones, mucho armamento, víveres y municiones: dia, en fin, en que la embriaguez de aquella gran victoria, nos acarreó un descalabro, y en el que, se perdió definitivamente la postrera esperanza de triunfo.

En las Memorias del príncipe de Salm, leemos el secreto intento que motivó la salida de nuestras tropas sobre las líneas enemigas frente á Casa Blanca, la Alameda y San Francisquito. Este secreto intento era, segun Salm, hacer salir de Queretaro al Emperador, seguido de algunas personas. Nosotros, que no estábamos en ese secreto, y que por otra parte, nos repugna creer tamaña villanía, indigna del carácter del Emperador y en contradicción con sus ideas caballerescas; y como á fuer de escritores imparciales, no nos es lícito juzgar sino de aquellos hechos que se han deslizado ante nuestros ojos, rechazamos esa idea y nos sujetamos á hacer las rectificaciones indispensables á los conceptos erróneos, á las inculpaciones injustas y á los juicios apasionados del príncipe de Salm, quien ya que no por respeto á la verdad, por *gratitud* siquiera al desdichado Emperador Maximiliano, debería haber guardado un circunspecto silencio en un asunto que por los resultados de aquella jornada no era de indispensable necesidad aclarar. ¿Olvidó acaso este audaz escritor, que todos los que hemos sobrevivido á esos acontecimientos, veríamos con amargo disgusto que la respetable memoria del Emperador se manchara con este de-

sengaño que no deberíamos haber tenido? Pero volvamos á tomar el hilo de los acontecimientos.

No es verdad que en el plan de salida del 27 de Abril, el general Castillo haya sido encargado de atacar las posiciones enemigas en la garita de México: este señor, con dos batallones (el 3º y el 12º de línea), y una batería, debería ceñirse á guardar el flanco izquierdo de nuestra columna de ataque, llamar la atención del enemigo, é impedirle el paso en la línea que se extiende desde la capilla de San Francisquito á la falda del "Cimatario." No es tampoco verdad que el regimiento de la Emperatriz haya permanecido en la Cruz, en la primera parte del combate: este cuerpo se encontró en el campo de batalla desde los primeros momentos, y mas tarde, cuando el grueso de la caballería enemiga se arrojaba sobre nosotros, resistió al enemigo, no obstante su superioridad numérica y la excelencia de sus armas de fuego.

Todas esas brigadas de ataque y de reserva de que habla Salm, solo existieron en su imaginación, á menos que llame brigadas á los cuerpos de infantería y caballería que formaron las *dos* columnas de ataque; á esta jornada solo concurrieron dos mil hombres escasos de las tres armas.

La magnitud de la victoria alcanzada en la primera parte del combate, y el desorden consiguiente entre soldados, que despues de muchos dias de privaciones, casi de hambre, encontraban una gran cantidad de víveres, equipajes y otros objetos que picaban su codicia, hizo que los gefes de los cuerpos no pudieran reorga-



nizarlos con la brevedad que era indispensable. Además de esta circunstancia, el general Miramon, lo mismo que todos nosotros, sorprendido verdaderamente del extraordinario éxito que se había alcanzado, necesitaba formar un nuevo plan, de acuerdo con el Emperador, y en vista de la ventajosa situación á que habíamos llegado, sin esperarlo.

El enemigo había tenido tiempo de retirar de la línea de circunvalación sus más selectas tropas, y por otra parte, había visto el corto número de soldados que ocupaban las posiciones perdidas por el ejército republicano, comprendiendo también que el perímetro fortificado de la plaza tenía que haber quedado débil por la ausencia de los batallones con que se había formado nuestra columna de ataque.

En estos momentos, el Emperador salió de la plaza y se dirigió á la hacienda del Jacal, habiendo antes recorrido las posiciones conquistadas por nuestros soldados. El general Miramon, después de acompañarle, se ocupaba en organizar los diseminados batallones, cuando se notó que el enemigo, en fuertes columnas de caballería, se movía sobre la repetida hacienda del Jacal. Esta circunstancia hacía imposible desde luego, la idea de repasar de nuevo las líneas conquistadas, atravesar el "Cimatario," y caer sobre la espalda y flanco del enemigo, establecido en Calleja, Garita de México, Paté, etc., etc.

Casi simultáneamente se dió aviso al general Miramon de que nuevas columnas enemigas, salidas del cuartel general y cubriéndose con los pliegues ó acci-

dentos del cerro del "Cimatario," avanzaban sobre el campo de batalla. De esta manera, éramos atacados por ambos flancos y por fuerzas tan considerables, que no hubiera sido posible resistir. Sin embargo, por obedecer las órdenes del Emperador, el general Miramon dividió su tropa en dos fracciones, y ordenó atacar al enemigo que se arrojaba sobre nuestros flancos; pero como lo hemos dicho ya, era imposible resistir el empuje de tan numerosas tropas, y entonces se comenzó una retirada, tanto más difícil, cuanto corto había sido el tiempo para disponerla en regla. El regimiento de la Emperatriz había sido encargado de recobrar el convoy de carros cargado con municiones, quitado al enemigo, y el que la guerrilla que se había destinado para introducirlo á la plaza, no había podido hacerlo á causa de haber huido los carreteros y por las dificultades del terreno. Cuando el repetido regimiento de la Emperatriz quiso apoderarse de los carros, era ya tarde: las tropas enemigas se habían posesionado de ellos y no era posible arrebatarlos.

Nuestras tropas, á pesar de todos sus esfuerzos y valor, se vieron rechazadas y perseguidas casi hasta nuestra línea de defensa; pero una vez allí, toamron sus antiguas posiciones y obligaron al enemigo á volver á las suyas.

Así terminó la jornada del 27 de Abril de 1867.

La opinión del general Escobar sobre la ridícula idea del comandante Gorwich, ayudante del general Miramon, en que afirma que dicho general tenía la extraña manía de reunir á sus ayudantes después de que habla-

ba con el Emperador, para participarles el asunto de la conversacion, nos parece muy justa, y seria necesario no haber conocido ni por noticias al general, para suponerlo tan necio é imprudente. En México existen todos los gefes y oficiales que estuvieron al lado de Miramon, y no hay uno solo que ratifique las palabras de Gorwich.

## V.

Salida del 1º de Mayo sobre la hacienda de Calleja y garita de México.—Ultima salida de las tropas imperiales sobre San Gregorio, la mañana del 3 de Mayo.—Ocupacion de la plaza de Querétaro el 15 del mismo mes, demostrada por los gefes prisioneros en la cárcel de Morelia, en su opúsculo titulado: *Refutacion al folleto publicado por Miguel López, &c.*

La salida que tuvo lugar el 1.º de Mayo, sobre la hacienda de Calleja y garita de México, está medianamente descrita por el coronel Salm. Sin embargo, hay algunos errores que, aunque de un carácter insignificante, prueban que dicho coronel no está bien impuesto de los acontecimientos. Dice, por ejemplo, que se encontraba una de nuestras baterías en la hacienda de Calleja, lo que no es cierto, así como tampoco que el